



## ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.		PRECIOS DE SUSCRICION.	
AÑO I.	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.	En Cádiz, un mes, adelantado . . . . .	2 ptas.
	Madrid, en las principales librerías.	En toda España y Portugal, trimestre, 7 . . . . .	25 »
	Correspondencia literaria: Sra. D. <sup>a</sup> Patrocinio de Biedma, Herrador, 8.	pesetas: seis meses, 13 id., un año, id. . . . .	10 »
		En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id. . . . .	15 »
		Extranjero y repúblicas americanas, id. . . . .	15 »
No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

10 de Setiembre 1877.

NÚM. 13.

### SUMARIO.

GRABADOS: Retrato del señor Don Manuel María de Santa Ana, Director de *La Correspondencia de España*.—Turquía: El Bósforo y Constantinopla.—China: Criadero de los gusanos de seda en el Japon.—Tropa turca: Genízaro.

TEXTO: ANDALUCES ILUSTRES. — Don Manuel María de Santa Ana, biografía, por PATROCINIO DE BIEDMA. —Una carta, de MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ. —Navegación, por &c., &c.—El agonizante, leyenda madrileña (conclusion), por MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.—A V. M. y C., por PATROCINIO DE BIEDMA.—Soneto en colaboración, por M. y M.—En el abanico de Patrocinio, por T. C.—Explicación de los grabados. —LITERATURA EXTRANJERA: Le Tableau de Parter, por F. F. STEENACKERS.—La flor del cementerio, continuación, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Advertencia.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Las cifras incógnitas.—Solución del rompecabezas zoológico.

### ANDALUCES ILUSTRES.

#### DON MANUEL MARIA DE SANTA ANA.

NADA más grato que escribir la biografía de un hombre honrado, inteligente y activo, que debe a su trabajo, posición y fortuna, y cuya vida puede y debe servir de ejemplo a cuantos luchan contra las dificultades de toda empresa que no tiene otra base que la inteligencia y la voluntad del hombre.

La pluma corre por sí sola, sin esfuerzo, cual si obedeciera al impulso entusiasta que inspira siempre un triunfo; cual si cumpliera el grato deber de aplaudir aquello que aplauso y admiración merece.

Antes de hablar del escritor distinguido, del popular periodista, del amigo consecuente, hemos de ocuparnos, si bien sea ligeramente, de algunos rasgos de su vida privada, de su historia íntima, para darle a conocer como hombre, pues creemos firmemente que gana mucho, el que tan nobles sentimientos tiene, en que no se oculta al público.

D. Manuel María de Santa Ana, nació en Sevilla el 7 de Febrero de 1820.

Estudió medicina, y no amoldándose ni su carácter ni sus gustos a las

frias reglas de la ciencia médica, dejó la carrera, que por el momento, sin darle provecho le exigía gastos, y fué a Madrid sostenido en esas doradas alas de la juventud que se llaman esperanzas. Santa Ana—y aquí empieza el rasgo hacia el cual queríamos llamar la atención de nuestros lectores—llevaba consigo a su madre y a cuatro hermanos, y tenía necesidad de ganar para ellos.

Era el año de 1842.

Santa Ana tenía 22 años, y en esa edad en que los

hombres apenas piensan en sí mismos, el joven andaluz, que no llevaba otros medios de hacer fortuna que los que le facilitase su inteligencia, había de pensar en subvenir a las necesidades de cinco seres queridos que de él dependían.

Sólo imaginar el esfuerzo de amor, de generosidad y de voluntad, que necesitaba realizar para salir adelante, cumpliendo con sus deberes, hace fuertemente simpático al propietario de *La Correspondencia de España*.

Porque no se trataba sólo de trabajar, cosa bien fácil para un espíritu enérgico, se trataba de hallar ese trabajo, de hacerlo reproductivo, a fin de que él sostuviera a una familia, y esto, por buen deseo que haya, no es cosa tan fácil como parece en nuestra patria.

El misterio de las luchas, de los sufrimientos que se encierran en ese periodo de su vida, podrá ser adivinado, pero jamás comprendido: el público no se detiene en el análisis: gusta de sorprenderse con los grandes golpes de efecto, y jamás investiga las causas que los produjeron.

Acaso ese mismo público, indiferente a la historia íntima del ser de cuyo nombre se ha apoderado, encuentre mal estas divagaciones en una biografía, pero aún a riesgo de incurrir en su enojo, hemos de insistir en hacer notar que no puede menos de tener noble origen una fortuna que ha empezado a buscarse con la generosa idea de mantener a una madre.

—Yo creo, amiga mía, yo creo con toda mi alma—nos decía el distinguido Director del más popular de nuestros periódicos, al hablarnos de esto,—que a los consejos de mi madre en la tierra, y a sus ruegos a Dios en el Cielo, debo mi fortuna.

Tiene razón en creerlo; porque Dios no deja nunca sin recompensa las grandes acciones.

Volvamos ahora a los hechos que, por ser públicos, al público pertenecen.

Digamos antes de seguirle en los primeros pasos que habían de llevarle a la fortuna y a la consideración en Madrid, que en Sevilla, desde 1838 a 1842, había sido administrador, corrector de pruebas y redactor del *Diario de Sevilla*, haciendo así el aprendizaje del periodismo, para el cual su carácter firme, su ingenio fácil, y su vivaz gracejo andaluz, le daban admirables disposiciones.



D. Manuel María de Santa Ana.



Desde su llegada á Madrid hasta 1848 fué periodista liberal, escritor de piezas dramáticas, fundador de varios periódicos que murieron en breve, revolucionario, emigrado á Francia en 1845, y todo lo que puede ser un hombre que tiene talento y ambición.

En 1848, la casualidad le hizo entrar en relaciones con el Duque de Montpensier, que salía desterrado para su país. La desgracia es un lazo simpático para los corazones, y una amistad que en la desgracia nace, debe formar y forma un vínculo eterno: ofreció al señor Duque sus servicios, y fueron aceptados, pues hombre de talento el Príncipe de Orleans, supo apreciar bien el valor de lo que se le ofrecía noble y lealmente.

No aprobó Santa Ana, no podía aprobarlo, conociendo, como conocía no sólo el estado de los negocios públicos, sino las aspiraciones de la política en aquella época, que el Duque de Montpensier tomase parte en el movimiento revolucionario de 1868, pero, consecuente á sus promesas, defendió por todos los medios que estaban á su alcance á su ilustre amigo, que en las eventualidades revolucionarias había quedado abandonado, y era perseguido de los mismos que le comprometieron.

Esto hizo á Santa Ana volver á la política, porque no podía lejos de ella seguir la suerte del Duque de Montpensier como se lo había prometido, y ahora es fuerza decir cuánta razón tenía el popular escritor en haberse alejado de la política, que no siempre reparte con equitativa medida sus favores entre sus adeptos más fieles.

De vuelta de su corta emigración á Francia, Santa Ana acudió á los hombres que le habían impulsado á seguirles en sus aventurados movimientos revolucionarios, y aquellos hombres poderosos dieron á su aliado —como él mismo dice con mucha gracia,—con la puerta en los hocicos.»

Los desengaños son lecciones para los seres inteligentes, y comprendiendo Santa Ana que no han de encontrarse esperanzas allí donde no se encuentra gratitud, reflexionando sobre las revoluciones, semilla que fructifica en país preparado para ellas por el estudio y la cultura; semilla que se pierde en el agreste suelo que enzarzan preocupaciones antiguas y miserias modernas,—y sobre los revolucionarios, retiróse á tiempo á sus tiendas, esto es, á su útil y reproductivo trabajo, renunciando á seguir la suerte de los partidos, tan insegura como sus ventajas.

A esto responde la manera de ser de *La Correspondencia de España*, eco de todas las opiniones, sin ser apoyo de ninguna: atenta con todo gobierno constituido, como con todo particular, sigue su camino sin obligarse á nadie y haciéndose necesaria á todos.

Veamos ahora la historia de *La Correspondencia de España*, ya que como Director suyo damos á conocer á nuestros lectores á este *Andaluz Ilustre*, honra de su patria.

En 1848 había marchado á Sevilla con los señores duques de Montpensier, después de ponerles en relaciones con los hombres más notables del partido liberal.

Hubo esto de encontrar oposición en ciertos círculos, y Santa Ana volvió á Madrid, ofreciendo á sus augustos amigos, que no querían separarse de él, convertirse en corresponsal, y tenerles al corriente de los principales sucesos.

Estas cartas, llenas de chispeante gracia, de verdad descriptiva, y de curiosos y oportunos datos, interesaron de tal modo á sus ilustrados lectores, que al Duque de Glucelarg (hoy Duque de Decazes), Secretario de la legación francesa, y amigo de Montpensier, al par que de nuestro escritor, le ocurrió la idea de sacar mayor partido de aquellas cartas que se enviaban á Sevilla, dando copia de ellas á uno ó más periódicos del extranjero.

—Y cómo, preguntaba el autor, podría yo, materialmente, enviar esas copias?...

—Por medio, contestó el Duque, de las máquinas autógrafas que acaban de ponerse á la venta.

Una palabra vaga suele ser á veces el principio de un gran acontecimiento.

Esta idea, al parecer sin consecuencias, fué la base de una gran empresa y de una gran fortuna.

Santa Ana fué en el acto á comprar la máquina, á la cual acompañaba una explicación para usarla, se convirtió en litógrafo, y por espacio de algunos meses fué á un mismo tiempo recolector de noticias, escribiente y litógrafo, que ante nada retrocede el que tiene ingenio y valor.

La máquina en cuestión está hoy colocada en el recibimiento principal del palacio del propietario de *La Correspondencia*, bajo un fanal, como un glorioso timbre de su talento, como la primera piedra de una fortuna tan honrosamente adquirida, por medio del trabajo.

Veamos cómo *La Correspondencia autógrafa* se hizo tipográfica.

Un apreciable escritor, cuyo apellido tenía alguna semejanza con el de nuestro distinguido amigo, comenzó á publicar otra hoja autógrafa, lo cual no pareció bien á Santa Ana que con justa razón quería ser solo. Hubo además otra razón más seria, por la cual, cedió en arrendamiento *La Correspondencia* á los amigos del general O'Donnell.

Don Agustín Estéban Collantes, Secretario del gobierno civil, ó de la Jefatura política, cuando las aven-

turas revolucionarias de nuestro simpático periodista, le proporcionó un pasaporte y los medios para pasar á Francia, y este favor había quedado indeleblemente grabado en el corazón de Santa Ana, que á fuer de honrado y leales agradecido.

En los días de prueba del Sr. Estéban Collantes, cuando pesaba sobre él la causa de los *cargos de piedra*, Santa Ana sabía, como redactor de *La Correspondencia autógrafa*, que su protector era inocente de aquella falta. No pudo el Sr. Collantes explicar á dónde fué el dinero que produjeron los *cargos de piedra*, pero plenamente convencido de su inculpabilidad, y unido á él además por su gratitud, le defendió valerosamente.

En vano se acusaba, se difamaba, se calumniaba, oficial y particularmente, al ministro: su antiguo protegido deshacía sin descanso los cargos que contra él se lanzaban, saliendo sin titubear á su defensa.

Se le culpó entonces de deslealtad para con el gobierno: Santa Ana, que jamás ha sido desleal, se presentó resueltamente al general O'Donnell, le explicó su posición respecto al Sr. de Collantes, y el general O'Donnell, como no podía menos, hizo justicia á los nobles sentimientos que se le exponían, y aceptó la proposición que le hacía Santa Ana, de poner en manos de los amigos del gobierno *La Correspondencia*, por el tiempo que estuviese en el poder el general O'Donnell.

*La Correspondencia* pasó entonces á manos del Señor Escobar, y no la recobró su dueño hasta 1859, mediante la indemnización de 200.000 reales, que dió al usufructuario de su propiedad.

Locura se creyó este desembolso, y así se dijo, pero tenía Santa Ana tal fé en su periódico, que no titubeó en hacer un sacrificio inmenso para recobrarle.

Así fué en efecto. Durante los dos años que existió el Ministerio presidido por el ya Duque de Tetuan, cuadruplicaron las ganancias de *La Correspondencia* la cantidad que había dado al Sr. Escobar su Director.

Después este periódico ha recaudado, no producido, desde su fundación, cantidades que parecerían fabulosas, si no constasen en sus libros: cerca de treinta millones de reales, recogidos ¡dos á dos cuartos!... hoy imprime de cincuenta á sesenta mil números diarios; reparte entre sus vendedores ambulantes de cuatro á cinco mil reales cada día: tiene un material, incluido el palacio en que se halla colocado, de cuatro millones de reales; posee una fábrica de tinta y otra de caracteres de imprenta, y levanta en estos momentos en Madrid una fábrica de papel de un valor de dos millones, y por último, sostiene á millares de familias, que viven de la venta del popular diario, leído por todas las clases y en todos los círculos.

Esta empresa, afianzada admirablemente sobre la movediza base del favor del público, por un solo hombre, demuestra la energía de su carácter y la claridad de su talento, que le han permitido utilizar cuantos medios tenía á su alcance.

D. Manuel María de Santa Ana ha encontrado entre el torbellino de negocios que lleva consigo un periódico de las condiciones del suyo, ha encontrado, decíamos, tiempo para ser poeta, y ha escrito dos lindos tomos, uno de *Romances y cuentos andaluces*, y otro titulado *Cosas de mujeres*, que recuerdan bien la hermosa tierra en que ha nacido.

Afable y leal como amigo, honrado y digno como ciudadano, inteligente como periodista, distinguido como hombre de talento, caritativo y benévolo como millonario, y modelo de padres y esposos, Santa Ana honra hoy la patria en que ha nacido, y así tenemos el deber de consignarlo, colocando su distinguido nombre en nuestra galería de *Andaluces ilustres*.

PATROCINIO DE BIEDMA.

#### UNA CARTA.

El ilustre escritor D. Manuel Fernandez y Gonzalez, el primero de nuestros novelistas, nos ha hecho el honor de dirigirnos la siguiente carta que creemos verán con gusto nuestros lectores, tanto por lo que vale como hecho cuanto por la inapreciable promesa que encierra de prestar su valiosísimo apoyo al pensamiento que ha dado vida al *Cádiz*. En la imposibilidad de expresar nuestra gratitud ante un favor tan grande como inesperado, nos limitamos á ofrecer al popular y célebre escritor, no sólo el primer lugar en la redacción del *Cádiz*, sino el *Cádiz* mismo, para que de él disponga á su deseo, pues la Directora se vería altamente honrada con ser dirigida por tan insigne ingenio:

«Sra. D.<sup>a</sup> Patrocinio de Biedma.

Mi muy querida amiga: un millón de gracias por el juicio que de mí ha hecho en mi biografía, por la inserción de un pobre soneto mío al pie de ella, y por la nota puesta al soneto; es Vd. muy buena para mí, pero no ha podido Vd. aumentar con su bondad las simpatías que me inspira, porque desde que leí su inapreciable poema *Recuerdos de un ángel*, tiene Vd. todas las de mi alma: yo adoro la poesía, yo me apasiono de lo bello, y nada hay tan bello, tan poético, tan puro y tan santo como una madre que siente de tal manera la pérdida del ángel de su amor: he llorado

sobre esos hermosos versos, llenos de sublimes pensamientos, que han encontrado un eco doloroso en mi corazón: he tendido á Vd. mi mano, Vd. la ha estrechado, hemos sellado un pacto fraternal, y yo, cumpliéndole, me pongo á su lado para sostener con todas mis fuerzas el noble pensamiento que ha producido el *Cádiz*. Hijo afortunado yo de la encantada Andalucía —que de hoy más tendrá la gloria de que Vd. naciese en ella,—comparto con Vd. y en la medida de mis fuerzas, la empresa de constituir ante Europa la federación literaria, que ha de dar nombre á los jóvenes poetas que son ya un ornamento y una esperanza de nuestra hermosa patria; yo seré, no un colaborador, ni un redactor del *Cádiz*, sino un aliado de su ilustre y admirada Directora, si tiene á bien concederme alianza tan honrosa. Cansado estoy ya, y algo *mojado* traigo los papeles, pero lo que me falta de frescura, me sobra de experiencia: he aprendido mucho en la desgracia, y sé prácticamente el caso que debe hacerse de la filosofía. Digo esto por lo que Vd. me dice de haber sido criticado su hermoso artículo *El criterio de la fé...* que yo, escuchando á mi razón, la he ensalzado tanto. Tengo el valor de mis ideas, juicio propio, si bien sea erróneo, y para empezar en el *Cádiz*, que no doy por comienzo, ni aquel pobre soneto escapado del corazón, ni mi leyenda *El agonizante*, remito á Vd. un artículo titulado *Vaguedades*, en el que se manifiesta lo que yo siento acerca de la filosofía, si bien con algo de humorístico en la manera, y continuaré enviando trabajos míos inéditos para todos los números del *Cádiz*, contando siempre con la bondad de Vd., y con la indulgencia de nuestros paisanos.

Soy de Vd. fraternalmente apasionado amigo que sus piés besa,

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.»

Madrid, Agosto: 1877.

#### NAVEGACION.

Se insiste con empeño en la prensa, pero no lo bastante á juzgar por los resultados, en la necesidad de rectificar nuestros aranceles y nuestras leyes fiscales sobre la navegación, que por impericia u otras causas peores podría tal vez decirse, que más parecen hechas para destruir nuestra navegación é industrias de mar, que para fomentarlas y extenderlas.

Antes que tuviera lugar el movimiento revolucionario del 68 se lamentaba por muchos el exceso y lujo de precauciones, dificultades, trámites y tributos, que se oponían á la entrada y salida de buques en los puertos: se extrañaba la resistencia de la administración para establecer depósitos de mercancías; para declarar de cabotaje la navegación de nuestros buques entre los puertos de la Península y de nuestras provincias de Ultramar, etc., etc.

Los hombres que tales cosas lamentaban y extrañaban vinieron todos á ser gobierno unos después de otros y lo que han hecho en favor de la navegación, con bandera nacional, ha sido retirarle la protección del derecho diferencial.

Nuestra navegación, que no podía menos de resentirse de las contrariedades antes indicadas, porque de todos los entorpecimientos se viene en definitiva á sacar partido por agentes más ó menos autorizados que explotan sin piedad á los armadores, cada día puede competir menos con la extranjera, igualándola por una parte en los derechos mientras por otra se aumentan las diferencias de mayor producción y perfeccionamiento en las industrias de fabricación y reparación de buques entre las demás naciones y la nuestra que atraza y disminuye á medida que las otras adelantan y aumentan en producción.

Apénas se registran en muchos años otros hechos favorables para nuestra navegación que el magnífico dique ya casi terminado de los Sres. A. Lopez y Compañía en el Trocadero, su gran línea de vapores-correos trasatlánticos, y la de Filipinas de los Sres. Olano, Larrinaga y Compañía.

El dique de los primeros les obligará probablemente á montar grandes talleres para la reparación de los buques; pero nuestra marina mercante y la de guerra, la prosperidad general del país y en particular de esta localidad, piden en nuestro concepto otra cosa más que es la licitación pública de la Carraca por noventa y nueve años á favor de la Compañía Española que se comprometa á construir allí los buques de guerra que el Gobierno le ordene, con la prontitud, perfección y baratura que pudiera hacerse en el extranjero y ofrezca además mayores ventajas y garantías.

A este Arsenal no pueden ya llegar los buques de mucho calado porque los desacuerdos y antagonismos, los relevos frecuentes, las escaseses y tantas otras causas que han impedido la limpia oportuna de los caños y las demás obras y acopios necesarios, habrán de contribuir también á que se vayan inutilizando cada día más nuestros arsenales por el empeño de querer mantener tres, gastando mucho con provecho escaso, cuando podríamos tener bien uno, acumulando en él todos nuestros recursos, y estableciendo una competencia sa-



ludable entre el costo y perfeccion de sus productos y los de los arsenales particulares.

Navegacion y Cádiz son dos cosas inseparables para España.

Las largas navegaciones necesitan un puerto próximo al Estrecho, donde sean fáciles las reparaciones de todo género, los depósitos, los reemplazos de las tripulaciones, etc.; y Cádiz no puede aspirar á nada en este peñón del Océano si no satisface esta necesidad al fomentarse la navegacion: España, nacion casi insular, tampoco puede prometerse grandes ventajas, si no empieza por utilizar sus puertos y sus rios, aunque pequeños para el riego y la navegacion, á fin de aumentar los productos y las facilidades de su exportacion ó su cambio entre las provincias.

Bahía alguna de la Península reúne más condiciones que la de Cádiz para ser un centro de reparacion y hasta de construccion de buques. Sólo le falta uno: la navegacion del Guadalquivir hasta Córdoba que permitiera traer con economia los carbones de Belmez y Espiel y los hierros del Pedroso.

Hace algun tiempo que esperamos algunos datos sobre los reconocimientos practicados entre las minas del Pedroso y las de Belmez y Espiel, para conocer los medios más fáciles de traer á los últimos puntos los hierros de los primeros para fundirse, y tambien esperamos datos sobre las dificultades que se ofrezcan para la canalizacion del Guadalquivir desde Córdoba á Sevilla y medios de vencerlas.

Cualesquiera que sean éstos, la canalizacion del Guadalquivir que proporcione cómoda salida á los productos del suelo andaluz y el establecimiento en grande escala sobre las playas de esta bahía, de talleres para construccion y reparacion de buques y de todos los efectos de hierro, está pidiendo con suma necesidad el aprovechamiento de los brazos de algunos miles de presidiarios que empeoran en el ocio sus condiciones físicas y morales, generalmente desventajosas, y que el trabajo no podría menos de mejorar.

La Andalucía despoblada, falta de riegos con excepcion de la vega de Granada, porque lo dejaron los árabes, con un número harto reducido de propietarios, y desamortizados sus grandes bienes de propios, no puede menos de ofrecer graves dificultades en el porvenir, por el eco, que han de hallar las teorías socialistas, si no se crean otras riquezas que apoyen á la territorial, la industrial y la comercial.

El arrendamiento del Arsenal, la canalizacion del Guadalquivir y la replantacion del arbolado, especialmente en las sierras, pueden dar ese resultado feliz, como lo darán para toda la Península, adoptándose como medida general el pase de los presidios al ramo de guerra, con aplicacion exclusiva á la canalizacion de los rios y replantacion de los bosques.

El Gobierno que adoptara esas medidas y la de suprimir radicalmente los entorpecimientos innecesarios que se procuran poner en España á la navegacion y á todas las industrias para obligar al recurso de agentes oficiosos que hagan las diligencias y allanen las dificultades, mereceria bien de la patria, porque habria quitado una de las causas por las cuales puede decirse con visos de razon que el *Africa empieza en los Pirineos*.

Las Andalucías son las que más se acercan al Africa y sin embargo quizá sean las que tengan más medios de adelantar rápidamente en la senda del progreso, llevando á cabo la canalizacion de los rios y con el auxilio de ella el fomento de la agricultura, la fabricacion de hierro en grande escala y el verdadero aprovechamiento de la bahía de Cádiz y de su Arsenal para la construccion y reparacion de buques de guerra y mercantes.

Lo que verdaderamente dudamos es que se halle una persona con bastante voluntad, constancia, habilidad y prestigio para que puesta al frente de la verdadera cruzada antipolitica que se necesita, inspire á todos cual otro Pedro el Ermitaño, fervor y confianza bastante para empezar la regeneracion de España por las Andalucías, encaminándolas hácia el trabajo, la sobriedad, la ilustracion y el orden más perfecto.

Hay un encadenamiento fatal de hechos y circunstancias contrarias en nuestro pais al desarrollo de las industrias, de la agricultura, la navegacion y todas las fuentes de la riqueza pública, que por más que los gobiernos deseen imprimir otro giro más provechoso á nuestra actividad y manera de ser, y nuestro amado Monarca lo halla manifestado solemne y resueltamente, la verdad es que no se nota mucho el adelanto en ese sentido; porque la fuerza de lo existente desde muchos años, no obstante ser conocidamente perjudicial á la prosperidad y ventura del país, se halla demasiado arraigada en las costumbres y son tambien demasiados los que se utilizan de ella y de sus abusos, para que pueda fácilmente y en poco tiempo, dominarse y adoptar con desembarazo una marcha económica, más conforme con las prescripciones de la ciencia y de la razon.

Nosotros tendremos cuatro ó seis veces más personal del necesario en todas las carreras del Estado, especialmente en las escalas superiores: tenemos para justificar su existencia y aumentar sus utilidades un cúmulo de dificultades especiosas é inútiles para el bien, pero fecundas para impedir todo progreso, adelanto ó desarrollo industrial: tenemos, por lo tanto, facilidades para vivir del presupuesto como premio de

servicios políticos, de pronunciamientos, elecciones, conspiraciones, delaciones, etc., y dificultades para vivir del trabajo, porque nuestra administracion hace muchos años que practica algo de la teoria del que mató la gallina de los huevos de oro.

Lo natural es por lo tanto, que nuestra juventud no se prepare en general para otra cosa que para aspirar á vivir del presupuesto: y como por más que siempre se han dictado reglas para la provision de ascenso y vacantes, lo que ha habido positivamente ha sido una omnipotencia ministerial, esta facultad aplicada á las elecciones como medio de recompensa y de seducccion ha llegado á corromper seriamente la moralidad de una gran parte de los electores y de los empleados, segun se ha venido denunciando en las Cortes por las oposiciones contra todos los gobiernos.

Conocida, pues, la causa primordial de nuestro mal-estar y de la decadencia de la navegacion y de todas las industrias, lo lógico seria que se procurase decididamente la supresion de esas causas, y en tal concepto fuera de desear que la prensa y las corporaciones populares demostrasen uno y otro día á nuestro joven soberano, la conveniencia y hasta la necesidad de limitar su régia prerrogativa de conceder destinos ó ascenso á un tanto por ciento muy reducido; dejando la concesion de los demás á los reglamentos, y exigiéndose una responsabilidad muy formal por las transgresiones.

Uno de los resultados más fatales para el acrecentamiento de la poblacion y la riqueza de España que ese estado de cosas produce, es el de que, escaseando el trabajo y los medios de subsistencia, se aumente la emigracion al extranjero, porque lejos de organizarse en nuestras provincias de Ultramar, un sistema de colonizacion que asegurase en ellas nuestro poder y su prosperidad, sólo se ha pensado en época no remota en exagerar los principios libre-cambistas, hasta el extremo de hacer imposible la competencia nacional con la extranjera.

Estos son los asuntos estrechamente enlazados entre sí, que necesitamos tratar demostrando de la manera más completa que nos sea dable, los obstáculos que se oponen más ó menos directamente al fomento de nuestra navegacion, y por su falta al de todas las fuentes de la riqueza pública, confiándose frecuentemente á la inexperiencia y otras negaciones menos favorables, que las ciegan en vez de abrirlas; pero esto deberá ser materia de otros artículos, si se acepta éste para el CÁDIZ por su ilustre Directora.

& . & .

## EL AGONIZANTE.

LEYENDA MADRILEÑA.

(Conclusion.)

### XII.

Destrenzada la negra cabellera;  
en los húmedos labios sonrosados  
vagando una sonrisa placentera;  
luciente la mirada, sobrehumana,  
en los ojos negrísimos, velados  
por una sombra de fruicion divina;  
por transparente túnica liviana  
revelada la tez alabastrina;  
palpitante de amor el alto seno,  
una mujer halló, la más hermosa  
que hastiado de belleza, de afán lleno,  
soñar pudo, imposible, portentosa.  
Sólo á ella vió. ¿Dó estaba? ¿Rica era  
ó mezquina la estancia? No tenia  
más que para sentir á la hechicera,  
ojos, ni corazon ni fantasia.

Y todo un punto fué: verla, adorarla,  
enmudecer, sentir lo no sentido;  
en su ser absorberse y aspirarla;  
soñar arrebatado, enardecido,  
que nació solamente para amarla.

Al abismo infinito le arrastraba  
de un amor doloroso, inexplicable:  
gloria é infierno al par, incomparable.

Y loco deliraba,  
y de placer y de dolor gemia,  
y entre el encanto, misero, temblaba,  
del misterioso ser que le absorbía.

Y la noche pasó, leve, cual pasa  
para el triste la sombra del contento.  
Las seis sonaron, y la luz escasa,  
la leve luz primera  
del alba, esclareció la vidriera  
del silencioso y lóbrego aposento.

—Adios, mi amor, la dijo suspirando  
el amante Don Juan. ¿Pero, hasta cuándo?  
Cuanto más me embriaga la ventura  
más embriaguez mi corazon desea.  
Nunca fui tan reacio  
á cumplir mi deber en el palacio.

El servicio del rey maldito sea,  
que de tu amor me aparta y tu hermosura.  
—¿Y qué importa, Don Juan, si eternamente,  
ella exclamó con sin igual ternura,  
viviremos unidos, y creciente  
del amor gozaremos la dulzura?  
Yo, siempre hermosa, abrasaré tu mente  
y tú mi ardiente afán, dulce amor mio,  
mi tormento serás, eterno, impio.  
—Sí, sí, exclamó Don Juan; tu amor eterno,  
tu delirante amor, aunque gozarlo  
debiera entre las penas del infierno.  
—¿Cómo un amor tan grande no lograrlo!  
Pero el rey tus servicios necesita,  
vete, y hasta muy pronto.

—¡Oh mi adorada,  
mi divina, mi amante Margarita!  
¡Tú eres mi Dios!—Y horrible carcajada  
de su pecho salió, seca é impía.  
Y ya creciendo el día,  
hizo un esfuerzo y se lanzó á la puerta,  
que halló de par en par franca y abierta.

### XIII.

A la carrera lanzóse  
que era ya tarde, Don Juan;  
pero al llegar á la Red  
de San Luis, se volvió atras.

De ménos echado habia  
la espada, que dejó allá  
olvidada en un rincon  
de la cámara nupcial.

Soltó dos votos redondos  
y dijo:—¡Me alegro! ¡bah!  
para la guardia ya es tarde.  
¿Qué importa un arresto más?  
pasaré con ella el día  
y lo que fuere será.  
¿No me dijo hasta muy pronto?  
Cúmplase su voluntad;  
que perdone el señor rey,  
y sino perdona, igual.—

Volvió y encontró cerrada  
la puerta. Llamó. Al sonar  
un solo golpe, una voz,  
desde un cercano portal,  
dijo irreverente y seca,  
entre vinosa y agraz:  
—¿Quién llama al número quince?  
En el cuarto principal  
no vive nadie.

—¿Qué dice,  
buen hombre?

—Digo... pues ya...  
dijo apareciendo á punto  
y llegando servicial,  
un zapatero de viejo,  
doble viejo por la faz,  
que á un cuarto desalquilado  
es harto en valde llamar;  
eche el caballero guardia  
ojo al balcon y verá.—  
Miró Don Juan, vió la cédula,  
—Pues me he debido engañar,  
dijo.

—Necesariamente.  
Que en el cementerio está  
hace ocho dias...

—¿Quién, hombre?  
dijo helándose Don Juan.  
—¡Pobrecita! ¡tan hermosa!  
¡tan joven!...

—Acabe ya.  
—Doña Margarita era  
un ángel.

—¡Por Satanás!  
¡Margarita se llamaba!  
—Sí, señor, de Sandoval...  
—Usted se burla de mí.  
—No me quisiera burlar.  
—¿Era blanca?

—Cual la nieve.  
—¿Los ojos negros?

—Cabal,  
y los labios de rubies,  
y con una gracia... ¡ah!...  
quedóse cuando murió  
sin sombra la vecindad.  
¡Y hay quien dice que era bruja  
y se fué con Satanás!—  
Don Juan escuchaba helado,  
pálido, horrible, mortal.  
—¿Quién tiene las llaves? dijo,



quiero ver el cuarto.

—¡Ya!  
con mucho gusto; yo tengo  
las llaves, que me las dan,  
de los cuartos que se alquilan  
en la calle. Vuelvo acá.—  
Y fué y volvió y se metieron  
por el lóbrego zaguan.

## XIV.

Halló Don Juan el lúgubre aposento,  
sin muebles, pavoroso, abandonado.  
¿En dónde estaba, en dónde, el diván rico  
en que al par de ella deliró, apurando  
un amor inefable, una locura,  
un paroxismo inmenso é ignorado?  
—Sí, sí, fué un sueño, dijo, recorriendo  
Don Juan la sala en vacilante paso.  
En la calle tal vez dormime... justo;  
un donoso, mi sueño aprovechando,  
la espada me quitó... pero nó... anoche  
no probé el vino... ¡Curra!... Al fin y al cabo  
yo la he querido bien... razon no tuve...  
¡su maldición!... ¡su desconsuelo! ¡al diablo!  
Allí tal vez se me quedó la espada...  
vamos por ella, y por mi Curra vamos.

—Por fuerza este señor se ha vuelto loco,  
exclamó el remendon, ó esto es milagro:  
¿pues su espada no ha visto, caballero,  
que desde aquel rincón le está escuchando?—  
Y el zapatero, misero, temblaba,  
sin saber qué pensar, absorto, estático.  
Don Juan volvióse, y de su pecho un grito  
se exhaló agudo; se fijó en un ángulo  
su atónita mirada, vaga, horrenda;  
se estremeció, de angustia agonizando;  
corrió sobre su cuerpo un sudor frío,  
y sus ojos, cobardes, se nublaron:  
colgando de ella el cinturón luciente,  
por el dorado puño atravesado  
como allí la dejó, miró su espada.  
¿Quién era, pues, la de inefable encanto,  
la de beldad divina, la hechicera  
que delirante devoró en sus brazos  
de un frenético amor el fuego impuro,  
inmenso, insoportable, sobrehumano?  
¡Margarita! ¡un cadáver! ¡del infierno  
un pavoroso, incitador engaño!  
Sintió Don Juan á Dios: de la esperanza  
bajó á su mente atribulada un rayo.  
Tomó la espada; con las manos trémulas  
se la ciñó, y salióse murmurando:

—¡Sí; fué un sueño, fué un sueño! ¡Ah, Curra mia!  
—A la fuerza está loco rematado  
este señor,—el zapatero dijo:  
y en paso lento se salió del cuarto.

## XV.

Lívido, letal, el ánsia  
en el corazón probando  
del horror y de la duda,  
extremecido, espantado,  
de Curra llegó á la casa  
Don Juan, y á su puerta hallando  
un gran corro de vecinos,  
le dió el corazón un salto.  
Y no preguntó. Temía.  
Cuando llegó, de su paso  
con un siniestro silencio,  
los vecinos se apartaron.  
Subió Don Juan la escalera,  
y al penetrar en el cuarto  
de Curra, cayó por tierra  
como herido por un rayo.  
Fué que al entrar, vió el cadáver  
de la infeliz, rodeado  
de blandones amarillos,  
y sobre el seno mostrando,  
bajo un brazo tieso y rígido,



Turquía: El Bósforo y Constantinopla.

envuelto en un lienzo blanco,  
de una pequeña criatura  
el triste cadáver pálido.  
Acudieron los vecinos,  
sacaron al desmayado,  
solicitos y piadosos  
socorriéronle, y al cabo,  
vuelto en sí, dejó la casa,  
siguió con incierto paso,  
y las calles de Madrid  
vacilante atravesando,  
llegó á los Agonizantes  
y se metió por el claustro.

## XVI.

Y por eso, en la alta noche,  
cuando relumbra el relámpago,  
cuando zumba el aguacero,  
cuando el huracán airado  
rebrama, y horrible el trueno  
retumba en el negro espacio,  
ante aquel tremendo Cristo,  
ante la de brillo aciago  
noble espada de Toledo,  
la calavera debajo,  
con su inmóvil mueca horrible  
la eternidad recordando,  
por sus gravísimas culpas  
el corazón desgarrado,

el padre Cárdenas gime,  
tendido y en cruz los brazos.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.  
Madrid: 1877.

## A V. M. Y C.

CONTESTANDO Á SU BELLÍSIMO SONETO.

No hay más que espíritu.  
La materia es una condensación  
del espíritu.

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

De mí sólo conoces lo que he escrito;  
Mis obras nada más, y no lo siento,  
Que es lo mejor del ser el pensamiento,  
Lazo que une la nada á lo infinito.

Mi espíritu, que es luz, rayo bendito  
De un foco que alimenta el sentimiento,  
Dá vida á mis palabras, y su aliento  
Vida al barro mortal en que me agito.

Si conoces mi espíritu, que vaga  
Sobre la forma que su ser condensa  
Y en sustancia inmortal á ti se ofrece,  
En mí no busques la mujer que halaga,  
Busca tan sólo la mujer que piensa;  
Guarda el perfume, que la flor perece.

PATROCINIO DE BIEDMA.

## SONETO EN COLABORACION.

—Si tú quieres saber lo que yo siento  
Cuando el amor enciende tu mirada,  
Penetra con el alma enamorada  
En mi abrasado y loco pensamiento.

Pero no, que en tu propio sentimiento  
La respuesta hallarás de tí anhelada;  
Que un alma sola en el amor formada  
Es en los dos al par divino aliento.

—Es verdad, que en dos cuerpos dividida  
Nuestra alma, un solo ser, perfecto forma,  
Divino, inseparable, misterioso...

Yo sé bien que mi vida está en tu vida,  
Pues, nuestro amor las une, y las transforma  
En inmortal espíritu glorioso.

M. Y M.

## EN EL ABANICO DE PATROCINIO DE BIEDMA.

Cuando agites el aire  
Que ella respira,  
No ocultes sus miradas  
Ni sus sonrisas;  
Que unas y otras,  
Dicen á sus amigos  
Más que sus obras...



Y entre la sombra vaga  
Que tú le prestas  
Ocultarse no deben  
Cosas tan bellas...  
Cuanto la admiran  
Contra tí, al ocultarlas,  
Se volverían.

Cádiz: 1877.

T. C.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

## TURQUÍA.—EL BÓSFORO Y CONSTANTINOPLA.

«Desde el *Cuerno de oro* se goza de la perspectiva del Bósforo, del mar de Mármara, y en una palabra de la vista entera del puerto, es decir, del mar interior de Constantinopla; allí olvidamos aquel pequeño mar, olvidamos la costa de Asia y también el Bósforo, para contemplar solamente, sin quitar la vista de la especie de estanque que hace el *Cuerno de oro*, y las siete ciudades suspendidas sobre las siete colinas de Constantinopla, convergentes todas hacia el brazo de mar que forma la ciudad, única é incomparable, la que es a un tiempo ciudad, campo, mar y puerto, y al mismo tiempo, a orillas del río, jardines, montañas escabrosas, valles profundos, un océano de casas, un hormiguero de naves y calles, lagos pacíficos y soledades encantadas; vista, repito, que es imposible á ningún pincel el presentarla, sino en algunas particularidades; vista donde cada bogada arrebata la mirada escudriñadora, y al mismo tiempo el alma á un aspecto y á unas impresiones diametralmente opuestas.»

Esto dice Lamartine en su viaje á Oriente, refiriéndose al encantador paisaje que hoy damos en nuestro segundo grabado: nada más bello podemos añadir, para fijar en él la atención de nuestros lectores.

## CHINA.—CRIADEROS DE GUSANOS DE SEDA Á LA INTemperie EN EL JAPON.

Este grabado representa varios caceríos de diferentes construcciones en los campos de la China, en los que está muy en uso la cria del *Yama-mai* al aire libre; los robles, que es el alimento de esta clase de gusanos de seda, se plantan en línea recta, distante un metro uno de otro; este árbol se procura dejar en estado enano para que sean más fáciles las distintas operaciones de la cosecha. Las plantaciones son circulares y atravesadas por pequeños conductos de agua que evitan la aproximación ó acceso de insectos dañinos, en particular de las hormigas que son muy golosas de los tiernos gusanillos.

También representa el acto de la recolección del capullo, terminado por el industrioso animal que ha dejado adherido á las ramas del árbol que le sirvió de pasto y abrigo los días de tempestad ó lluvias, amparándose bajo sus hojas, cuya operación verifican también para no sufrir la acción directa de los rayos solares. Colocados en las banastas en que se recogen los capullos, se pasan éstos al ahogadero y puestos encima de una especie de estufa, mueren sin llegar á salir la paloma, cuya operación sólo se permite hacer con aquellos que no se quieren dedicar á semilla.

El reducido espacio de nuestra publicación nos impide extendernos en más detalles, que podrían tal vez servir de estímulo á los amantes de la agricultura y de la industria, y aun tal vez sacar á muchos pueblos de nuestra fértil provincia de Cádiz, de la postración y el abatimiento en que se encuentran.

## TURQUÍA.—GENÍZARO.

Como la guerra de Oriente fija hoy la atención del mundo entero, tienen un gran interés de actualidad los tipos de aquel país, que suelen ser desconocidos. Nuestro cuarto grabado representa un soldado turco, y creemos complacerá verlo á nuestros lectores.

## LITERATURA EXTRANJERA.

LE TABLEAU DE PARTER  
DE LA GALERIE PEDRE DAUPIAS.

L'accueil que l'on a bien voulu faire au premier regard que j'ai jeté sur la belle collection de Mr. Daupias, m'encourage á poursuivre devant le public ma pro-

menade á travers les merveilles de l'art réunies par cet amateur, et á lui communiquer mes impressions.

C'est tout-à-fait par hasard que j'ai commencé par le dix-huitième siècle et par Greuze. Mais le hasard ne marche par toujours de travers. Le dix-huitième siècle n'est pas sans mérite, même dans l'histoire de l'art, et Greuze en vaut bien un autre. L'on peut aussi sans trop d'inconvénient passer de Greuze à ses prédécesseurs, à Pater, à Watteau, qui, sans être tout-à-fait de la même famille, et sans avoir été peut-être aussi bien élevés—au point de vue des mœurs,—sont au moins de la même société, du même monde, et en reflètent l'esprit et le charme par les mêmes moyens ou des moyens analogues. J'aurai un peu brouillé les dates et dérangé les chroniques: le beau malheur! Les critiques d'art ne sont pas des historiens tenus à l'ordre méthodique et chronologique des faiseurs d'almanach. Tout ce qu'on est en droit de leur demander, c'est qu'ils placent bien leur admiration et qu'ils n'égarent pas celle du public. Et c'est ce que j'essaye de faire.

Sous le bénéfice de ces réflexions, je demande à passer d'abord à Jean Baptiste Pater, et à son tableau *les Loisirs champêtres*.

Je ne serais pas étonné que Pater ne fût pas connu du grand public. Son nom est bien loin de la notoriété de celui de son maître Watteau, ou même de ses successeurs plus ou moins ressemblants de genre et de manière, Greuze et Boucher.

Cela me rappelle une anecdote personnelle que je veux raconter.

Il y a déjà longtemps, j'allais très souvent au Lou-

pas non plus d'un certain nombre de sujets. Sa note ne fait qu'effleurer l'âme, et non pas la meilleure partie de l'âme, ni la plus tendre, ni la plus pure, ce qui le rejette bien loin de Greuze. De plus, il peint vite; son crayon galope, son pinceau brûle la toile; il n'a aucun respect, aucun égard pour le temps, lequel comme on sait, prend toujours un peu sa revanche contre ce qui se fait sans lui. On lui reproche d'être dépourvu de goût, d'urbanité, et ce n'est pas toujours sans raison. Mais, cela dit, quelle verve! que d'esprit, d'entrain et de gaieté! Quelle vivacité d'imagination! Quelle grâce parfois, quelle originalité d'allure et quelle franchise d'effet! Quand on a cela, on a quelque chose ou pour mieux dire, on est quelqu'un. Cela fait comprendre aussi qu'après avoir été oublié, on ait la chance de sortir de nouveau de la foule.

Je suis tenté, en regardant ces charmantes toiles si animées de vie ganloise et parisienne qui s'appellent *la Balançoire*, *le Colin-Maillard*, *le Mari battu et content*, *l'Arrivée des comédiens dans la ville du Mans*, *le Repas champêtre*, *le Débarquement à Cythère*, *la Tente des vivandières*, etc., etc., je suis tenté, dis-je, de songer à Paul de Kock.

Seulement, nous avons ici un Paul de Kock qui a du style, qui aime la nature ou du moins qui aime à y jeter les scènes de la vie où il se complait, qui a le sentiment flamand de la lumière et de la couleur, et qui le porte, partout où cela est possible, dans son œuvre. C'est là la parure poétique de Pater, le rayon du ciel qui purifie et corrige ce qu'il y a trop souvent chez lui de grivois, de grossier même et de vulgaire.

J'arrive au Pater de la galerie Pedre Daupias.

Je dois dire d'abord qu'il est bien supérieur à ceux qui possèdent le Louvre, qui, du reste, n'en compte que quatre ou cinq, même en comprenant ceux de la collection Lacaze; et j'ajoute qu'il mérite d'être placé à côté des meilleures toiles que l'on connaît du compatriote et disciple de Watteau. Le tableau mesure 0<sup>m</sup>,81 de hauteur sur 0<sup>m</sup>,98 de largeur. Il est sur toile. Le travail en est des plus soignés. Pas la moindre retouche et dans un état de conservation admirable. Sous ce rapport, ce tableau des *Loisirs champêtres*, soutient encore avec avantage la comparaison avec ceux du Louvre, qu'il surpasse par des qualités de composition, de couleur et de style.

Le sujet est simple et ne sort pas du cadre de convention adopté par Pater. C'est toujours un peu la grande famille de la comédie italienne, les Arlequin, les Pierrot, les Colombine d'outre-monts, transportés sur la scène française servant, à la peinture de nos mœurs, et, par suite bien travestis quel-

quefois, devenus s'il vous plaît, des gens du monde, des roués, passés même au laminoir de cette distinction mignarde et maniérée du dix-huitième siècle, qui aura son apogée dans Boucher, ce Dorat de la peinture. Mais il y a dans les détails bien des choses qui méritent attention; il s'y trouve même, ce que je n'ai pas vu ailleurs dans ce que je connais de Pater, une idée franchement sérieuse, et en quelque sorte philosophique, qui donne à la toile de la galerie Pedre Daupias un cachet particulier, qu'il convient de détacher.

On va en juger.

Vous avez sous les yeux, groupés dans un paysage charmant, seize ou dix-sept personnages, hommes, femmes, enfants, Dieux même, couchés, assis, debout, penchés, riant, jouant, se livrant à toutes les licences imaginables des loisirs champêtres. Les femmes sont parées, frisées, décolletées, provoquantes, naïvement et sans intention évidente d'offrir le fruit défendu; les hommes agacés, agaçant, se rapprochent le plus qu'ils peuvent, et plus qu'ils ne le devraient, de l'arbre de la science, dont le parfum les enveloppe et les enivre. Au second plan, une cuve à vin, comme si Bacchus avait besoin de prêter sa flamme à celle qui court dans toutes ces veines embrasées. A droite et à gauche, d'un côté le buste d'un faune ou du Dieu Pan, de Priape peut-être; de l'autre, un personnage en colerette, debout, le bras gauche appuyé sur le socle d'un grand vase ombragé d'arbres. Le Dieu qui domine d'une grande hauteur toute la fête, semble être là pour y présider, tandis que le personnage qui fait symétrie, a bien l'air de la regarder d'un oeil de malice concentrée ou de caustique dédain.

Est-ce une pastorale de convention que j'ai sous les yeux? Est-ce un tableau de mœurs réelles et populaires, qui se cache sous ces jupes bouffantes, sous ces baleines élégantes qui craquent aux palpitations des



China.—Criaderos de gusanos de seda á la intemperie en el Japon.

vre, où il m'arrivait de passer de longues heures en contemplation devant les chefs-d'œuvre; ne m'occupant guère que des maîtres et ne m'attardant pas aux peintres ou sculpteurs de second ordre, je connaissais peu Pater; j'avais entendu sans doute prononcer son nom: mais je n'y avais pas pris garde. Un jour, je ne sais dans quelle circonstance, ma curiosité fut éveillée, et je me rendis au Louvre pour faire la connaissance des Pater qu'il renfermait. J'avais oublié de prendre mon livret: je m'adresse, pour savoir où je pourrais trouver ce que je cherchais, à un de ces copistes de tableaux, que l'on rencontre presque à chaque pas quand on se promène dans les salles de nos musées.

—Pater?... fit l'artiste, en me regardant d'un air tout ébahi.

—Oui, Jean Baptiste Pater, dis-je, un peintre de l'école...

—De l'école italienne, interrompit mon copiste. Pater veut dire père en latin: le latin et l'italien, c'est tout un. Vous trouverez ses tableaux qui sont peu nombreux, dans la salle du Titien.

Et mon homme laissa retomber son pinceau sur sa toile avec un air de satisfaction superbe. J'étais admirablement bien renseigné.

Pater mérite mieux que l'obscurité qui pèse sur son nom jusque parmi les habitués du musée du Louvre, et mieux que la pénombre et le demijour où les amateurs vont le chercher. Il n'est pas un maître, sans doute, puisqu'il est l'élève de Watteau, et qu'il s'en fait gloire. Bien des qualités même lui manquent au rang secondaire où il convient de le placer: il dessine mal, surtout les animaux, à ce point que l'on croirait, à voir ceux qu'il a jetés dans ses tableaux, qu'il ne les a jamais regardés; et c'est chez lui véritablement qu'ils sont, comme dans la philosophie de Descartes, de pures machines. Son imagination n'a pas d'ailes; elle ne sort



gorges flamandes, sous ces chapeaux à plumes et ces colorettes empesées? Pour moi, la chose ne fait pas de doute: je suis en face de la réalité; ce sont les mœurs du temps, à la campagne aussi bien qu'à la ville, dans la noblesse, qui vit sa vie accoutumée et dans la partie de la bourgeoisie qui tend à imiter la noblesse; ce sont surtout les mœurs du peuple qui s'amuse en passant et s'en donne à cœur joie. A gauche le groupe des femmes assises est charmant et d'une décence relative, presque irréprochable au point de vue des mœurs de la Régence; le groupe opposé, à droite, au premier plan, où le personnage assis au pied du faune fait voler des fleurs qu'une jeune fille reçoit dans son tablier, n'a pas moins de décence que de grâce. Mais que dire des deux personnages du fond qui sont assis près de la cuve à vin, de la petite femme qui tourne un visage inquiet vers le spectateur, de l'homme éperdu dans une rêverie béate?... Le tout fait songer à la Léda, et aux premiers frémissements du Cygne.

Je passe vite. Il y a autre chose dans Pater qu'un peintre des contes de la Fontaine et des licences champêtres; il y a le flamand et le coloriste.

Mr. Charles Blanc dit que notre peintre excelle à rendre les lointains vaporeux, la perspective de l'air... qu'il a le sentiment du clair-obscur, comme il arrive ordinairement aux coloristes. Cela est vrai, et cependant ce n'est pas assez dire en ce qui regarde les *Loisirs champêtres*. Ici, comme dans la *Balançoire*, ou le *Colin-maillard*, on remarque aussi un coloris suave, habilement dégradé dans les fonds et très-harmonieux, avec une vive échappée du ciel, d'où la lumière tombe doucement sur toute la scène pour l'éclairer. Mais nulle part la distribution des lumières et des ombres, l'opposition des couleurs sombres et des couleurs claires n'est plus fortement accusée. Tous les fonds sont faits avec une merveilleuse habileté. Le paysage tout entier est traité de main de maître. C'est là évidemment un des tableaux où le pinceau de Pater s'est le moins hâté.

Je reviens à ce qui, à mon sens, donne aux *Loisirs champêtres* un caractère à part, une marque et un prix particuliers.

Il s'en faut que Pater soit un moraliste et un philosophe. S'il l'était, ce serait d'une étrange manière, à la façon de Scarron, de Pigault-Lebrun ou de Désaugiers. Le peintre des conversations et des fêtes galantes, du *Roman comique*, de quelques contes, non pas les moins graveleux de la Fontaine, de tant de bals et fêtes champêtres où le Dieu d'amour fait ses frasques les plus risquées, de tant de bambochades *extra-muros*, de conversation galantes entre les bâtarde de Colombine et les petits cousins de Pierrot, n'a pas été élevé à la Sorbonne ou dans les Jardins d'Académus. Il ne songe guère à convertir son public ou à le sermonner; il ne songe qu'à lui plaire: il n'a pas davantage le dessein, après l'avoir amusé, ou en l'amusant, de le faire rentrer en lui-même et à résipiscence. Ce n'est pas là son affaire à lui; il ne veut qu'une chose, faire beaucoup de peintures, dessus de porte, cartouche, tableaux de buveurs, fêtes, amusements champêtres, etc., pour gagner le plus d'argent possible et conjurer le fantôme de la misère que son imagination malade lui montre sans cesse dans la perspective.

Certes, tout cela est vrai, et cependant il n'est pas douteux qu'il n'y ait dans le tableau dont je m'occupe une pensée sérieuse, morale, philosophique. Seul, presque toujours renfermé dans son atelier, ne connaissant ni distractions, ni amusement d'aucune sorte, dévoré d'une inquiétude secrète, insurmontable, qui lui était comme un cauchemar—le vautour de Prométhée attaché à son flanc—la peur de mourir de faim, qu'y a-t-il d'étonnant qu'un jour sa pensée se soit détachée de son œuvre pour planer au dessus d'elle! Pourquoi donc n'aurait-il pas eu, lui aussi, son heure de recueillement et de réflexion? Le pauvre diable avait bien le droit de ne pas voir la vie couleur de rose, de sentir le vide de ces plaisirs dont il offrait l'image et enfin de laisser entendre qu'il n'en était pas la dupe s'il en était le peintre. Ce personnage moitié sérieux, moitié ironique l'on voit appuyé sur le socle de cette urne antique, n'a pas été placé là sans raison, n'est pas un pendant fortuit du Priape, avec lequel il contraste si visiblement, un convive actif de la scène de plaisirs dont il est isolé, qu'il contemple à l'écart: c'est plutôt un convive rassasié, fatigué, qui connaît l'inanité du banquet et ses fades retours, qui, s'il ne les plaint pas, se moque des insensés qui trempent encore leurs lèvres dans ce vin frelaté et décevant. C'est, toute proportion gardée, et avec les réserves nécessaires, le sage qui écrit son *vanitas vanitatum*, avec quelque chose de ce Mephistophélès qui regarde en ricanant les amours de Faust et de Marguerite.

Si mon observation était juste, et je le crois, elle aurait un double intérêt: elle ferait une place à part à ce tableau des *Loisirs champêtres* dans la collection des œuvres de Pater, et en même temps elle aiderait à donner la date du tableau.

Il n'y a nulle trace ailleurs d'une idée sérieuse dans les autres toiles de Pater, malgré les inquiétudes qui le rongèrent toute sa vie au sujet de l'avenir. A quel moment ce *Sursum corda*, singulier et unique, a-t-il donc pu se produire? A quelle heure le sentiment de l'inanité des choses a-t-il été assez puissant pour se glisser sous son pinceau et se marquer sur sa toile d'une ma-

nière aussi manifeste? Evidemment, selon toute vraisemblance au moins, c'est à la fin de sa vie, alors que le malheureux artiste parvenu enfin à cette aisance pour laquelle il avait tout sacrifié, plaisirs, jeunesse, santé, vit la main froide de la mort qui s'étendait vers lui pour la lui ravir. Il conviendrait donc de placer la date des *Loisirs champêtres* vers la fin de 1735 ou au commencement de 1736.

Je ne fais qu'indiquer ce point de vue de la date; l'autre a une bien plus réelle importance; il classe le Pater de la galerie Pedre Daupias et lui fait une place privilégiée parmi toutes les toiles du peintre.

F. F. STEENACKERS.

Lisbonne.

## LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

Era una fiebre dulce al par que candente; una absorcion de mi alma por su alma que exparcia en mis venas no sé qué fruiciones desconocidas, no sé qué sensaciones de gloria, especie de éxtasis en que una luz nueva, creada para mí, creada por mí mismo acaso, al choque incesante de la idea celeste, de la idea vivificadora, sustancia y formas del espíritu, con esa otra idea revelada por la naturaleza, aprendida en la sensacion que pasa; materia incolora que refleja la luz superior, y que envuelta en su reflejo parece dar la vida, como parece brotar de las olas el Sol que se copia en ellas.

Es inútil que yo intente decirte cómo la amaba! La palabra humana, tan rica y fluida cuando se trata de lo relativo, de lo que cabe en la vida, es pobre, diré más bien, es inútil, cuando de expresar lo infinito se trata. El hombre, que cree tan sabio, no puede hablar de sí mismo por falta de voces que expresen lo que siente...

La amaba, y esto es todo lo que puedo decir; en esa palabra caben cuantos efectos sentidos, cuantas ilusiones forjamos; y al ver roto el idolo, al saber que esa luz que ardía en mi alma ante el altar de su memoria ha de apagarse bajo el mezuquino soplo de un desengaño vulgar; cómo si viera en ella dos personalidades distintas; cómo si la mujer que hoy desprecio hubiese ofendido mortalmente a la mujer que ayer amaba; la odio con el doble odio de haber matado a mi Eugenia, y de haber herido de muerte a mi corazón.

Sin embargo, ya lo vez, estoy tranquilo. La nube que cegó mis ojos por un instante se ha deshecho, y flota ya lejana como un vapor de sangre. Mis nervios, agitados violentamente, como agita el huracan las ramas de las palmeras del Desierto, han vuelto a ser meros agentes de mi vida material; mi corazón, que se estremeció con la convulsion poderosa con que se agita el mar para arrojar a la orilla el cadáver que envuelve entre sus olas, ha recobrado su calma, él también arrojó de sí un cadáver... el cadáver de mi felicidad que le agobiaba con su peso insostenible!... Despues... nada!... Soy un hombre que se ha desprendido de una parte de su ser, y como en ella guardaba lo más noble, lo más puro, lo más santo de los dones con que Dios adorna a sus criaturas, hoy se cree autorizado para todo y como el ángel caído, utilizará para el mal las alas de su genio.

Pero á fé que te estoy escribiendo de una manera lúgubre: quisiera que ella viera esta carta: soy un enemigo leal! y no hiero á traicion; que sepa que no la odio, porque odiándola, al prestarle mi atencion creeria darle algo mio: que no la desprecio porque yo no sé despreciar lo que he glorificado; que no la mato porque la muerte la vedaria á mi venganza, y yo quiero que la sienta y que la sufra... Pero que entre su mano y la dicha me encontrará siempre; que sabré hundir cuanto levante su deseo, y sabré deshacer cuanto crea hecho!...

Basta!... Es inútil hablar más de ella: ya lo sabe, y estoy tranquilo.

En cuanto á tí, mi querido Enrique, no te compadezco.

Yo creo que así como los malos gobiernos hacen las revoluciones, así los malos maridos hacen esos tiranuelos con faldas que transforman en infierno el hogar. Dá á la palabra malos la acepcion que yo le doy; generalmente el vulgo les llama buenos, pero la debilidad no es bondad, es ignorancia del deber y del derecho.

Hay en España pocas mujeres educadas: el tipo de la niña mimada, inútil para todo, exigente y egoista, se encuentra á cada paso.

Nuestras luchas civiles, el estado de agitacion de las clases sociales en todo este siglo, pudiéramos decir, ha hecho sin duda á los padres descuidar ese deber sagrado que consiste en enseñar á sus hijos, á sus hijas sobre todo, á vivir la vida práctica de la familia, que es una reduccion de la vida social. Las niñas de hoy, las que están encargadas de formar la generacion del porvenir, son una pobre esperanza para la patria!...

Educadas con increíble descuido, en su generalidad, salvando siempre honrosas excepciones—empiezan por aburrir á sus padres que les buscan un marido con la misma prisa con que busca el mercader comprador para el género falso; aburren luego á sus maridos, que sufren la vida como el presidiario su cadena, y por último á la sociedad en la cual son una figura decorativa, sin vida propia, sin actos notables, sin iniciativa para nada.

Quieres saber por qué? No enseñándoles sino fútiles adornos que nada significan, y aun así de una manera incompleta; no acostubrándolas á respetar el valor ajeno, no por oficiosa rutina, sino aprendiendo por el trabajo lo que aquel valor supone de sacrificios y abnegaciones: no ocupándolas, en fin, con un trabajo cualquiera, que nadie está dispensado de él por grandes medios que la fortuna le ofrezca, les hacen sentir un gran vacío de corazón y de inteligencia que necesariamente ha de llenarse de algo, y se llena de pequeños defectos que forman un todo insostenible para la vida íntima, imposible para la vida social.

Tú has tenido la desgracia de unirte á una de esas mujeres que han visto la realidad á través del cariño exagerado de sus padres, que no conocen nada de la vida, nada más que las costumbres de ver satisfechas sus exigencias. Has tenido la debilidad de ceder á tus primeros deseos, y ya es tarde para remediar el mal: no creas que es amor lo que significan sus exigencias: el amor, que es todo abnegacion, no pide, no martiriza, no duda; ofrece, cree y consuela. Es hastío, es fastidio, es egoismo: tu mujer, que nada tiene que hacer, no puedes soportar que te alejes de su lado, y aunque sepa que te molesta, insiste, porque tal como está educada, nada hay ántes que su voluntad.

En cuanto á tu suegra nada me ocurre decirte: es cuestion de temperamento; yo sólo me casaría con una mujer... y ésta la educaría á mi manera... Sufrir á dos es demasiado, y comprendo que te des prisa en volver al mar... Esta es una esposa que no engaña, porque en su seno, como en el fondo de todo lo infinito, está la muerte!...

Ven pronto ántes que la rabia de tus pequeñas penas, que son las que más se sienten, te arroje al camino desesperado del suicidio.

Tuyo de corazón,

Ricardo.

### CAPÍTULO XV.

#### El último sueño.

Luisa se moría.

Su cutis blanco y suave habia adquirido ese tinte amarillento que denota que la sangre se enfria en las venas, que la vida se apaga...

Sus ojos azules tenian esa mirada vaga y triste del que ya no se fija en las cosas del mundo. Sin embargo, la pobre niña no lo sabia. La vida que se le escapaba por instantes, habia concentrado en su corazón su última fuerza; era la llama vivaz de la lámpara que se extingue.

Sentada junto á un balcon, con la cabeza recostada en actitud de cansancio en la butaca que ocupaba, inmóvil, silenciosa y sombría, parecia esperar algo, algo supremo, que le volviese la vida.

Eugenia pintaba á su lado: los que viven de su trabajo no pueden darse el lujo de descansar en sus penas: el corazón se revuelve en ellas desgarrado, y gime bajo la opresion de esa otra fuerza creadora que le exige su tributo, la del trabajo artístico, en el cual siempre hay algo del corazón del artista.

Una bata azul envolvía el cuerpo de la pobre enferma: sus trenzas rubias caían por sus hombros y espalda como si su cabeza no pudiese sostenerlas; sus manos estaban tan delgadas como si fuesen las de un esqueleto que se envolviesen en el suave holo de su cutis.

Nada más triste, más resignado, más dulce que aquella fisonomía, profundamente alterada por la enfermedad, pero de simpática y agradable expresion.

Eugenia la miraba, guardando silencio.

La campanilla de la puerta sonó con una vibracion poderosa.

Luisa se agitó con violencia, asustada, sin duda, y lanzó un grito.

—Qué es eso, hija mia, por que te asustas?...

—No sé, contestó Luisa rompiendo á llorar de una manera nerviosa, creí...

—Qué?...

—No lo sé...

—Estás temblorosa, dijo Eugenia que habia dejado los pinceles para ir á su lado: qué tienes?... qué tienes?... qué quieres?...

—Yo!... nada...

—Luisa mia, procura dominar esa agitacion nerviosa... tengo tanto que decirte... tanto que preguntarte... pero la idea de hacerte daño me dá miedo.

—Daño tú?... No, no!... Dimelo todo, dijo con ansiedad Luisa...

—Todo!... Si no es casi nada... sólo hablarte de mí...



Juana se presentó llevando una carta...  
 —Puede Vd. salir?... preguntó á Eugenia.  
 —Ah!... tienes secretos conmigo, murmuró Luisa que volvió á llorar.  
 —No, niña mía, te engañas, y en prueba de ello voy á llamar á Juana.  
 —Nó, dijo con recelo Luisa: no salgas, llámala desde aquí.  
 —Juana! gritó Eugenia, ven y dime lo que quieres, estoy sola con Luisa, y con ella no tengo para qué ocultar nada.  
 —Quería, murmuró algo confusa Juana, quería... dinero para pagar el pan... lo acaban de traer...  
 —No es más que eso!... Pues mira que tiene gracia llamarme para tan poca cosa!... Tóma...  
 —Y la carta que tenías en la mano? Preguntó mirándola fijamente Luisa.  
 —Quién yo!... Por fuerza te engañas, niña mía... yo... vaya!... que cosas tienes!...  
 —Tenías una carta, insistió Luisa.  
 —Te digo que nó...  
 —Me engañas... Además, el panadero no llama así...  
 —Vamos Juana, dí la verdad: tenías una carta?... Era para Luisa?...  
 —He dicho que nó, dijo Juana...  
 —Ves, todos me engañan, nadie me quiere... tenía una carta, te digo que la he visto...  
 —No llores, por Dios, Luisa; y tú Juana, dame ahora mismo esa carta... yo también creo que te he visto un papel...  
 —Era la cuenta del gasto...  
 —No, no, dijo Luisa... era una carta...  
 —Juana!... Está delicada y no debemos disgustarla... si te han dado una carta dámela ó dásela, y cese ya esta porfía...  
 —Pues, hija, pídele á Dios que no te pese tu empeño, con tu pan te lo comas... dijo Juana dirigiéndose á Luisa. Tome Vd. dijo sacando del pecho una carta y dándola á Eugenia, es para Vd...  
 —Ah!... ya lo sabía yo!... exclamó Luisa.  
 Eugenia tomó la carta ruborizándose.  
 No la esperaba, no sabía de quién era, y sin embargo su corazón tembló en su pecho como tiembla el pajarillo en el nido al percibir el aleteo de su madre...  
 Hay algo que impregna el papel que encierra palabras de afecto; algo que, cual si le hiciera sensible, impresiona á su contacto.  
 Sólo el que está lejos de un ser querido sabe cuánta felicidad se puede encerrar en un pliego de papel!...

PATROCINIO DE BIEDMA.

(Continuará.)

## ADVERTENCIA.

A NUESTROS LECTORES.

La redacción del CÁDIZ queda constituida con los Sres. siguientes: D. Manuel Fernandez y Gonzalez, Don Andrés Borrego, el distinguido escritor que oculta su nombre con el pseudónimo &c. &c., D. Nicolás Diaz de Benjumea, D. Federico Garcia Caballero, D. José Moreno Castelló y D. Ubaldo Romero Quiñones.

Los Sres. Colaboradores pueden seguir remitiendo sus trabajos que alternarán con los de redacción, pero deseando dar á nuestra revista un carácter fijo, un fondo de utilidad práctica, al mismo tiempo que el encanto de una galana literatura, hemos confiado á tan distinguidos escritores y amables amigos, la misión de llevar á buen puerto la nave que enarbola la bandera de una nueva idea, y que lleva á su bordo tantas glorias y tantas esperanzas.

Al aparecer ante el público, al colocar la primera piedra del edificio, sólo contábamos con nuestra voluntad para llevarla adelante, con la bondad del público, y con el apoyo generoso de nuestros amigos.

Más rápidamente de lo que pensábamos, ese apoyo se ha convertido en protección decidida, y hoy, al publicar el núm. 13, el CÁDIZ tiene vida propia, y puede intentar mejoras que le hagan digno de conservar ese favor que tan espontáneamente ha obtenido.

Y ya que de esto hablamos, seanos permitido enviar el testimonio de nuestra gratitud á todos nuestros favorecedores, y á las ilustres personas que tan noblemente le protegen.

Las listas de suscritores, que publicaremos á fin de año, se honran con los nombres augustos de S. M. el Rey, S. M. la Reina Madre, S. A. R. la Princesa de Asturias, y los de varias bellas y distinguidas damas, entre las cuales recordamos á las ilustres Duquesas de Medinaceli, la Torre y Bailén; Marquesa de la Laguna, Sra. de Buchental, y muchas otras igualmente notables; algunos de los Sres. Ministros, Consejeros de Estado; Senadores y Diputados, especialmente de Andalucía, Generales del ejército y Marina, Gobernadores, Obispos, y por último eminentes políticos, distinguidísimos escritores, y hombres ilustrados pertene-

cientes á todas las clases. Al consignarlo así, protestamos contra esa queja constante que niega el apoyo de los que nada necesitan á toda noble idea, y como una prueba de que nuestras altas clases protegen toda empresa artística, consignamos con gusto el favor que el CÁDIZ les ha merecido.

También hemos de agradecer á las 145 publicaciones de España, América, Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania, Italia y Portugal que cambian con nosotros, la delicada galantería que les debemos, así por el cambio como por la atención que á nuestra revista prestan, y confiamos que bajo la inteligente acción de sus distinguidos redactores, hemos de seguir mereciendo sus plácemes.

Gran satisfacción sería para nosotros que los escritores andaluces nos prestasen el concurso de su talento en esta empresa, sin temer, como parecen temer algunos, que los grandes nombres que honran al CÁDIZ oscurezcan los suyos: el genio no sombrea, ilumina, y es pueril el temor de aparecer más pequeño junto á una celebridad, que ántes bien, eleva. Imposible sería—siguiendo el símil que ántes formábamos—guiar un buque sin un comandante práctico, y nuestros jóvenes escritores no deben rechazar el ser guiados por los que son honra y gala de su patria.

Los que dicen que el CÁDIZ es una revista de marcado sabor cortesano, y aún extranjero, no nos ofenden: ántes bien, nos halagan, pues nuestra idea fué crear una publicación en provincias, que estando á la altura de las de Madrid, facilitase el medio de darse á conocer á todos los jóvenes que aspirasen á ser conocidos.

Si hemos acertado ó no, lo dice el favor del público, y la prensa toda, que ocupándose constantemente de nuestro periódico con elogio, ha hecho decir á un humorístico escritor inglés, aludiendo al CÁDIZ y al nombre de nuestra Directora, que: «los españoles vencen una superstición para caer en otra, y que después de dar culto á la mujer de la edad media, y olvidó indiferente á la mujer de nuestro siglo, van á caer, por obra y gracia del genio de una escritora, en un fanatismo nuevo que se llamará la *patro-manía*...»

Nuestros redactores firmarán como hasta ahora sus escritos, y continuará respondiendo de cuanto vaya sin firma, ó con pseudónimo la Sra. Directora.

Los señores colaboradores que gusten formar parte de la Redacción pueden avisarlo así.

BRUNETTO.

## Correspondencia del CÁDIZ.

D. J. Jurado Parra.—Baeza.

—Se le ha enviado por dos veces la colección del CÁDIZ. Como ha llegado, se le manda la tercera certificada, pues sentimos en extremo que no la tenga. Mil gracias por todo, y envíe cuanto guste.

D. M. de Larra y Ossorio.—Madrid.

—Mucho gusto tendré en publicar su poesía, que agradezco tanto más cuanto me dice ha sido hecha expresamente para el CÁDIZ. Acepto su colaboración con gratitud.

D. J. Oliver y Arols.—Málaga.

—Dispénsame si por mis muchas ocupaciones no le he complacido aún; irá lo más pronto que pueda la poesía.

D. A. Valls y Alvarez.—Cádiz.

Gracias por el original que me remite, que aprecio mucho.

D. L. Carrillo de Albornoz.—Sevilla.

—Miles de gracias por sus finísimos ofrecimientos que aprecio en lo que valen y acepto con gusto. Mucho he sentido yo también que no haya tenido lugar el anunciado viaje de S. M. la Reina.

D. M. Ghirlanda.—Santa Cruz de Tenerife.

—Gracias, mi querido amigo, por las riquísimas frutas que ha tenido la bondad de enviarme, y que los Sres. de Alcon me remitieron puntualmente. No sé cómo pagarle ésta y todas las delicadas pruebas de afecto que le debo.

D. J. M. Milego.—Alicante.

—He agradecido infinito la poesía que tiene la bondad de dedicarme, y sus ofrecimientos que acepto: precisamente la modestia con que me dice que empieza, le dá más valor á mis ojos, pues el CÁDIZ quiere ser como un punto de apoyo para todo aquel que le busque en la difícil carrera de las letras.

D. C. Llombart.—Valencia.

—En mi poder el librito que le agradezco, y la colección del *Bon sol*. Recibiré con gusto la versión castellana que me ofrece de una tragedia de mi admirado amigo el Sr. Balaguer, pero dadas las condiciones del CÁDIZ, habré de publicarla en varios números, y esto acaso no le agrade.

D. L. de Moya.—Madrid.

—Agradezco su poesía, y ofrecimientos: será una satisfacción para mí que el distinguido poeta que me indica, cuyo nombre conozco mucho, se ocupe del CÁDIZ: sírvase ofrecerle mi consideración más atenta.

D. E. de Sierra Valenzuela.—Madrid.

—Miles de gracias por los preciosos sonetos que publicará en breve. ¿Será tan amable que hiciese buscarme en

la redacción de *La Mañana* dos números de ésta, correspondientes al mes de Noviembre, según creo, del pasado año, donde va un episodio en verso mío, que se titula *Dramas íntimos*? He perdido el que tenía, y se lo agradeceré infinito.

D. P. Sañudo Autran.—Ciudad-Real.

—Gracias por la poesía: recibiré con gusto el libro que me anuncia; el CÁDIZ se le envía sin interrupción: avise al Administrador el número que le falta y se duplicará.

D. V. de Armesto.—Madrid.

—Se le complacerá en lo que desea; gracias por los números que he recibido.

D. N. Diaz de Benjumea.—Londres.

—Gracias por el libro, por los dos artículos y por la dedicatoria!... Qué magnífica ocasión de envanecerme si yo fuera vanidoso!... ¡Qué derrota!... Ni Sedan!... La historia contemporánea debe consagrarle una página importante!... No olvide el encargo que le tengo hecho.

—Recibido el artículo V del poema en prosa. Miles de gracias y siga escribiendo que se publicará sin interrupción.

Cádiz.

—Agradezco mucho la traducción que al CÁDIZ envía, y la publicaré.

D. B. de Sobrino.—Cádiz.

—Gracias por los importantes trabajos que ha tenido la bondad de enviarme, y por su amable carta: los leeré despacio, y le consagraré un artículo en el CÁDIZ, pues ya sabe que apoyo esa idea muy de corazón.

D. N. Diaz.—Málaga.

—Disculpe un olvido de imprenta que no he podido evitar: irá en el número próximo.

D. C. Obregon.—Guadalajara.

—Recibida la libranza. Mil gracias: queda Vd. suscrito.

D. T. Moliner.—Valencia.

—Dígame á qué punto de Italia vá, y le enviaré las cartas que desea. Es igual que se encarguen aquí de pagar, ó que se cobre ahí la suscripción, pero esta vez ya se ha girado á todos.

Sr. Director del colegio de San Buenaventura.—Cádiz.

—Agradezco infinito su ofrecimiento.

D. S. Arnal.—Córdoba.

—Gracias: se hará como desea.

D. A. Castillo de Gonzalez.—Almería.

—Miles de gracias, mi amable amiga, por su ofrecimiento que acepto: ya habrá recibido un retrato mío, pequeña prueba de mi afecto: creo como Vd. que debemos prestar preferente atención al desarrollo de las facultades morales é intelectuales de la mujer. Si Vd. me ayuda, tengo la esperanza de conseguir mucho.

D. F. Gonzalez del Hoyo.—Almería.

—Se ha servido la suscripción que me avisa. Ya habrá recibido mi carta. Le estrecho afectuosamente la mano, para demostrarle mi gratitud.

D. M. Fernandez y Gonzalez.—Madrid.

—Por equivocación, sin duda, en vez del artículo *Vaguedades* que me anuncia, me ha remitido algunas hojas de la bellísima novela *La Estrella de la tarde*. Se las envío y espero el artículo, que por esa casualidad no ha podido ir en este número. Ya sabe que el CÁDIZ es suyo, completamente suyo, y que puede disponer de él libremente, en lo cual me dará una viva satisfacción.

Sr. Conde de Fabraquer, Vizconde de S. Javier.—Madrid.

—Su preciosísimo artículo honrará al CÁDIZ muy en breve. Me gusta tanto como lo agradezco. Le llevarán mis libros: espero forme parte de la redacción de mi revista. Enviéme los escritos que guste, pues siempre son recibidos por mí con gran placer. Puesto que es tan bueno que me autoriza para ello, le pediré algunos trabajos, esperando ya, como cosa mía, esas leyendas religiosas á que su elegante pluma dá tan vivo encanto. Le escribiré.

D. J. F. San Martín y Aguirre.—Valencia.

—Recibidos los tres libros; miles de gracias.

D. T. M. y Alba.—Valencia.

—Pagado en esta su casa el trimestre de suscripción al CÁDIZ, que vencerá en fin de Octubre.

D. U. Romero Quiñones.—Madrid.

—Agradezco infinito su artículo, hecho *expreso* para mi revista.

D. F. A. Darder.—Barcelona.

—Le doy las gracias, y se cumplirá lo prometido.

D. A. Diaz de la Quintana.—Barcelona.

—Gracias por sus poesías que publicaré.

D. M. Batanero.—Motril.

—Mucho agradezco su carta, mi buen amigo; como comprenderá si se fija, no podemos poner á los escritores el pueblo donde ha nacido, sino aquel en que residen en esta época. Ya verá cómo poco á poco nos aproximamos á nuestro objeto; por hoy no puede hacerse más.



